

Migración y movilidad: una aproximación a la propuesta teórica de Ángel Rama

Por *Lucila NAVARRETE TURRENT**

Aperturas

EN “La riesgosa navegación del escritor exiliado”, pequeño texto de 1978, el crítico uruguayo Ángel Rama (Montevideo 1926-Madrid 1983) reflexiona en extenso sobre el exilio y la migración, tópicos que cifran una zona importante de su pensamiento y que concibe como una condición propiamente latinoamericana, que sólo la “turbulenta historia política” del subcontinente puede explicar.¹ Se trata de un ensayo que corona la experiencia de un itinerante preocupado por abrir sendos caminos teóricos enfocados en el papel del escritor y el lugar que éste ocupa frente a la creación y sus receptores.

Habría que precisar que en 1972 Rama había sido invitado a impartir un curso en la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, y unos meses después lo sorprendió el golpe de Estado en Uruguay, perpetrado el 27 de junio de 1973. Imposibilitado para regresar, Rama no dejaría de ser un itinerante hasta que en 1983 un terrible accidente de avión en Madrid cobra su vida y la de su esposa, la brillante crítica de arte Marta Traba.

El interés de Rama por la literatura latinoamericana pasaba, necesariamente, por un ejercicio de autorreflexión constante. A la condición de itinerante se añade la necesidad de vincular “política” y “cultura” en aras de ejercer el oficio del pensar y del crear de cara a un “tiempo latinoamericano [que] se nos presenta urgido, desgarrado, contradictorio, como en época de revolución inminente”.² Para el crítico, el intelectual debía asumir plena conciencia de su lugar en el curso de la historia y de su actuar en el presente. De ahí que su discurso asuma una “identidad textual”, tal como propone

* Profesora de asignatura en el Departamento de Humanidades de la Universidad Iberoamericana de Torreón, Coahuila, México; e-mail: <lucila.navarrete@ibero-torreon.edu.mx>.

¹ Ángel Rama, “La riesgosa navegación del escritor exiliado”, *Nueva Sociedad* (Fundación Friedrich Ebert), núm. 35 (marzo-abril de 1978), pp. 5-15, p. 5.

² Ángel Rama, *Crítica literaria y utopía en América Latina*, Carlos Sánchez Lozano, sel. y pról., Medellín, Universidad de Antioquia, 2005, p. 4.

Clifford Geertz siguiendo a Michel Foucault. “El desarrollo de un modo concreto de formular las cosas que aparece conectado con tal identidad de modo que parece provenir de ella como la manifestación de un intelecto”,³ permite comprender la labor del pensador uruguayo como un “autor” que se hace plenamente presente a lo largo de su obra. El valor ensayístico de su trabajo, muchas veces lleno de tropiezos y arriesgadas aseveraciones, lo hermana con una vasta tradición latinoamericana que pasa, necesariamente, por asumir una participación intelectual que explicita su lugar de enunciación, es decir, hablar y escribir desde el “estar ahí”, atestiguando los acontecimientos.

Lo anterior permite abrir este trabajo haciéndonos una de las preguntas que nos propusimos responder en el presente *dossier*: ¿por qué y para qué hablar y escribir desde y sobre las movilidades? La respuesta parece tener relación, en primer lugar, con lo que de inicio comprendemos como *migración*: fenómeno que remite al movimiento de sujetos insertos en determinados contextos socio-culturales que se ven obligados a desarraigarse como consecuencia de la modernización y la violenta expansión del sistema capitalista; tal expansión los arrastra hacia los polos urbanos. Ello repercute en la manera de hacer literatura, en el sentido que se trata de un discurso, una zona de contacto en constante transformación. De acuerdo con Rama, en éste se pone en juego una diversidad de insumos estéticos y culturales frente a los que el creador asume una determinada postura.

Como veremos, en el subtexto de la obra ramiana la migración es un problema de crítica y de teoría. Para el autor de *Transculturación narrativa en América Latina* (1982), la sistematización de las literaturas latinoamericanas es posible en la medida en que se asume que éstas “se mueven”: se modulan junto con el desplazamiento humano. En este tenor, Rama desborda los marcos disciplinares y contempla por sí mismas las obras literarias en función del movimiento de creadores, receptores, sustratos simbólicos y contenidos estéticos que pertenecen a distintos contextos, mismos que, desde su diversidad y complejidad sociocultural, se adaptan al vertiginoso proceso de modernización latinoamericana.

El crítico adopta así una mirada procesual de la literatura, adelantándose a aproximaciones epistemológicas que, en los albores del siglo XXI, van a ser fundamentales para la construcción de nuevos objetos de estudio. Es el caso de la migración, que desbor-

³ Clifford Geertz, *El antropólogo como autor*, Barcelona, Gedisa, 1982, p. 19.

da la comprensión del presente, por tratarse de una variable más dentro de un flujo constante de interconexiones, intercambio de poblaciones y ritmos de vida en incesante transformación. Como señala el sociólogo Alain Tarrus, toda movilidad social, económica y cultural deja huella en el espacio y en el tiempo.⁴ Estas huellas de los recorridos y las mudanzas comprenden, como veremos, formas particulares de entender el mundo (cosmovisiones), formas del lenguaje y estéticas que, en el caso particular del discurso literario, se vehiculan, se “transculturán”, como señala Rama, para apelar a nuevos enfoques que ponen de manifiesto la capacidad de adaptación cultural y literaria a los dictados de una economía en constante proceso de internacionalización. Esta suerte de antropología literaria del movimiento —apelando a las movilidades de Tarrus—⁵ “vuelve caducas las diferenciaciones entre movilidades y migraciones”, ya que las segundas tan sólo son “una dimensión de las primeras, exigiendo una atención particular a las diversas dimensiones de las relaciones entre espacios y tiempos señalados”.⁶

Para los sociólogos John Urry y Mimi Sheller, posicionados en contra de una perspectiva estática de la investigación, los lugares se encuentran atados por complejas interconexiones, lo que supone un abordaje que trasciende los marcos metodológicos que apuestan por lo fijo y suelen asociarse a la idea de *nación*. El paradigma de las movilidades establece que los fenómenos sociales no pueden ser estudiados desde una perspectiva estática, sino *desde el y en* movimiento. Esto significa examinar los flujos y contemplar nuevas metodologías de estudio que permitan analizar la interdependencia de las distintas esferas que intervienen en el desplazamiento y contacto de los sujetos que se desplazan.⁷ Tal fue la empresa que Rama asumió, quizás con mayor agudeza, durante su exilio en Venezuela. A ello se añade el hecho de que fue testigo de acontecimientos históricos de relevancia medular para América Latina en el siglo xx: el triunfo de la Revolución Cubana en 1959

⁴ Alain Tarrus, “Leer, describir, interpretar. Las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de ‘territorio circulatorio’. Los nuevos hábitos de la identidad”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* (El Colegio de Michoacán), vol. XXI, núm. 83 (verano de 2000), pp. 39-66, p. 45.

⁵ Como veremos, Rama sí consideró la migración como una variable relevante dentro de sus análisis y “panoramas” de la literatura. No es el caso de la *movilidad*, categoría que, para los fines de este trabajo, empleo de manera anacrónica para encuadrar una reflexión en la que intervienen más elementos que el mero desplazamiento humano.

⁶ Tarrus, “Leer, describir, interpretar” [n. 4], p. 48.

⁷ Mimi Sheller y John Urry, “The new mobilities paradigm”, *Environment and Planning A: Economy and Space* (SAGE Publications), vol. 38 (2006), pp. 207-226.

y el posterior sofocamiento de las promesas emancipatorias tras el ascenso del terrorismo de Estado en el Cono Sur, mismo que ya anunciaba la embestida neoliberal y la inminente porosidad de las fronteras políticas en beneficio de las económicas. A partir de lecturas panorámicas de la literatura en el subcontinente, Rama fue capaz de advertir que la internacionalización de la economía desde el periodo finisecular del XIX repercutía en el desarraigo, la transformación de ciudades en urbes y, por supuesto, en el quehacer y el discurso literarios.

*Exilio y migración:
el carácter social y político del desplazamiento*

EL exilio, dice Rama en el entrañable ensayo citado, es una condición histórica en América Latina: “toda su historia independiente de siglo y medio largo ha estado acompañada por obligados desplazamientos del equipo político e intelectual de los diversos países, que encontró en Estados vecinos y en Europa temporaria acogida mientras en sus patrias se hacía imposible su tarea”.⁸ Figuras como Domingo Faustino Sarmiento en Chile, Juan María Montalvo en Colombia y París, José Martí en Estados Unidos y Eugenio María de Hostos en Perú “son algunos ejemplos de agobiadora práctica que movilizó a los escritores”.⁹

Las luchas del intelectual frente al poder, que datan de los procesos independentistas, se han prolongado hasta el presente, dice el crítico, complicándose con “las migraciones económicas que se desarrollaron activamente en este siglo y que sólo por esquematismos del razonamiento pedagógico pueden distinguirse nítidamente de los exilios políticos”.¹⁰ Pero el exilio intelectual —piensa— es tan político como las masivas migraciones humanas que atraviesan la historia del subcontinente a partir del periodo finisecular. Desde las migraciones de mexicanos a California y Texas en Estados Unidos, pasando por las de paraguayos a Buenos Aires, hasta las de centroamericanos a Estados Unidos y Costa Rica, Rama identifica que el fenómeno no puede atribuirse exclusivamente a motivos económicos, sino también a “la opresión política y la rigidez de

⁸ Rama, “La riesgosa navegación” [n. 1], p. 95.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*

las estructuras sociales que cierran el horizonte de los hombres y los impulsan a la emigración”.¹¹

Señala, asimismo, que “el enorme movimiento migratorio europeo del siglo XIX y comienzos del XX pareció remansarse hacia 1930, aunque todavía le cabría el período del ascenso de los fascismos de Europa, las persecuciones judías y el desplazamiento de pueblos castigados por la guerra”.¹² Tras la Gran Depresión se acentúa “el desplazamiento de poblaciones: por una parte, la migración interna, que va creando la acumulación urbana de un modo dislocado y cuya causa inmediata es el empobrecimiento de las áreas rurales al organizarse la nueva distribución internacional del trabajo”,¹³ cuyas pautas las establecen los “imperios centrales”. Las migraciones acrecientan la población urbana, “a la cual [aquéllas] aportan formas culturales peculiares”.¹⁴ De modo que la definición de exilio, sostiene Rama, merece corregirse, pues hace una “distinción, algo jerárquica y aristocratizante, entre el exiliado y el emigrante”:¹⁵ los históricos desplazamientos han obedecido, por igual, a causas económicas y políticas.

Una década atrás, Rama ya había manifestado interés en estudiar el papel del intelectual latinoamericano en el marco de una perspectiva continental totalizadora,¹⁶ que se deriva de su experiencia como director literario del semanario *Marcha* (1939-1973) entre 1959 y 1968. Si en los sesenta sus ensayos parecían perfilarse hacia lo utópico y reclamar el compromiso del intelectual, hacia los setenta y ochenta su lectura atiende especialmente al lugar que ocupan los vastos sectores populares y arcaicos en la producción literaria. Al intelectual no se le cuestiona su capacidad como portador de cultura, pero ¿qué sucede con las poblaciones indígenas y populares y el efecto que éstas tienen en las formas culturales urbanas y, especialmente, en la cultura escrita, cuya forma más acabada es la literatura?

En “Diez problemas para el novelista latinoamericano” (1964), Rama elabora un balance sobre el estado de la creación literaria, especialmente del género novelesco en América Latina, en el marco de una serie de demandas que, en el contexto posterior a la

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*, p. 96.

¹³ *Ibid.*

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Esta faceta ha sido estudiada por Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

Revolución Cubana, contribuirían a forjar la postergada autonomía cultural latinoamericana.¹⁷ “La libertad del escritor (del hombre) está en la respuesta creadora que ella formule dentro de su coordenada vital”,¹⁸ acota el crítico en un inicio, para después hacer énfasis en el hecho de que el escritor difícilmente ha podido vivir de lo que crea, lo que lo ha obligado a dedicarse a otros oficios, como el periodismo o el magisterio. Ante la falta de reconocimiento a su labor, en ocasiones “el escritor no se siente reclamado por la sociedad en que vive [...] no establece una relación profunda con sus necesidades espirituales”,¹⁹ y muchas veces pierde contacto “con la nación entera, en especial las zonas rurales, las que, por un conocido proceso económico-social, se van viendo despobladas en beneficio de los núcleos urbanos”.²⁰ A este fenómeno se añade la incomunicación entre el escritor y el escaso público lector.

Si el intelectual anteriormente pertenecía o servía a las élites cortesananas o, en el periodo independentista a las oligarquías, hacia fines del siglo XIX quedaría a expensas del mercado, el quiebre de modelos antes reverenciados y a la imprecisión de los valores. El escritor del Modernismo debe lidiar con los discursos importados de las nuevas burguesías y con una modernidad que, como ha definido Susana Rotker, confronta la creación con la rápida transfiguración de los centros urbanos, regidos por “un sistema de nociones de progreso, cosmopolitismo, abundancia y un inagotable deseo por la novedad, derivados de los rápidos adelantos tecnológicos [...] de los sistemas de comunicación y, sin duda, de la lógica de consumo de las leyes de mercado que se estaba instaurando”.²¹ Figuras como José Martí y Rubén Darío cimentan una escritura de la duda y el desarraigo. Darío es, dice Rama, apoteosis del “retraimiento extremo del escritor respecto a su público”,²² que busca justificarse en la inmanencia de la creación, al forjar un soberano y, sin

¹⁷ Ángel Rama, “Diez problemas para el novelista latinoamericano”, en *id.*, *Crítica literaria y utopía en América Latina* [n. 2], pp. 3-77. El artículo originalmente fue publicado en *Casa de las Américas* (La Habana), núm. 26 (octubre-noviembre de 1964). Rama pertenecía al Consejo de Redacción de dicha revista como parte de sus labores de apoyo a la Revolución Cubana, cf. Rosario Peyrou, “Prólogo” a Ángel Rama, *Diario 1974-1983*, Caracas, Trilce/La nave va, 2001, p. 14.

¹⁸ Rama, “Diez problemas para el novelista latinoamericano”, en *id.*, *Crítica literaria y utopía en América Latina* [n. 2], p. 4.

¹⁹ *Ibid.*, p. 9.

²⁰ *Ibid.*, p. 11.

²¹ Susana Rotker, *La invención de la crónica*, Buenos Aires, Letra Buena, 1992, p. 31.

²² Ángel Rama, *Rubén Darío y el Modernismo (circunstancia socioeconómica de un arte americano)* (1970), Caracas/Barcelona, Alfadil, 1985, p. 13.

embargo, ambiguo desprecio por las muchedumbres, en la medida en que necesita de éstas y de la naciente cultura de masas para subsistir. El espacio donde se forman y desplazan los modernistas es el de las ciudades: París, Nueva York, Buenos Aires son algunas de las capitales que recorren Martí y Darío como corresponsales. La entronización de la poesía subjetivista es una consecuencia de “la economía liberal que se había desarrollado en los grandes centros americanos del XIX, modelando a los hombres a su imagen y semejanza”.²³ Pero a la entronización del “yo” la acompañaría nada menos que la liberalización del quehacer artístico, que necesariamente obligaba a los modernistas a “vender” su escritura a las empresas periodísticas y participar de la naciente y pujante “cultura de masas”.²⁴

Un diario como el argentino *La Nación*, que servía a intereses conservadores y fue fundado por el Partido Liberal, hacia 1880 se moderniza introduciendo plumas que reportan desde África, el Pacífico, Francia, Italia e Inglaterra. Se trata de un modelo de prensa que deja de servir a las pugnas partidistas, para contribuir a perfilar dos tipos de profesionistas que no dependen más del “favor político”: el *reporter* y el “escritor”. Este último, como lo ha estudiado Rotker, tendrá a su cargo la “invención de la crónica moderna”;²⁵ en este rubro destacaron de manera ingente Martí, Darío, Manuel Gutiérrez Nájera y José María Vargas Vila.

La gran hazaña del Modernismo residió en que por primera vez las letras latinoamericanas rompieron cabalmente con el provincianismo y conservadurismo propios de las “élites de implantación local”.²⁶ Estos “cosmopolitas” ignoraron realidades concretas, acusa Rama de manera apresurada, a lo que se añade el indispensable requisito de un público lector alfabetizado e instruido. Sin embargo, no puede negarse el hecho de que el Modernismo emancipó nuestras literaturas y tuvo a su cargo la profesionalización del quehacer literario. En el texto de 1964, Rama acusa, mas no examina a profundidad, que la relación entre el escritor y su público no se logra

²³ *Ibid.*

²⁴ Un acucioso análisis sobre la relación entre *cultura de masas e intelectual*, en especial sobre la mirada de Ángel Rama respecto de este fenómeno propiamente moderno es el estudio de Javier García Liendo, *El intelectual y la cultura de masas: argumentos latinoamericanos en torno a Ángel Rama y José María Arguedas*, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 2017.

²⁵ Rotker, *La invención de la crónica* [n. 21], pp. 83-91.

²⁶ Rama “Diez problemas para el novelista latinoamericano”, en *id.*, *Crítica literaria y utopía en América Latina* [n. 2], pp. 14-15.

a cabalidad sino de manera incipiente en la segunda década del siglo xx, gracias a la instrucción pública y “a la ascensión de los sectores medios a la conducción de sus respectivos países, procediendo a una mayor industrialización, un urbanismo creciente, una ampliación educativa concomitante”.²⁷ Aun así, piensa el crítico, el público casi siempre coincide con los transmisores de cultura: maestros, funcionarios y algunos profesionistas, a lo que se añade que la literatura no ha logrado vehicular discursos, ni conformar públicos que emanen de los sustratos simbólicos más arcaicos y aún vivos al interior de las naciones latinoamericanas. En el caso del Modernismo, los receptores fueron principalmente extranjeros y ciudadanos.

Hay que considerar que “Diez problemas para el novelista latinoamericano” es un texto programático: en aquel momento el crítico participaba comprometidamente de las tareas políticas que acompañaban los deseos emancipatorios inaugurados por la Revolución Cubana. La intención de vincular política y cultura, así como de modernizar los marcos conceptuales que pudiesen sistematizar la cultura y la literatura en nuestro continente, formaron parte de los empeños de un conjunto de intelectuales —familia intelectual latinoamericana, lo denomina Claudia Gilman—²⁸ para contrarrestar la penetración de Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría. Los imperativos de Rama se encuadran en un “compromiso” —en el sentido sartreano del término— que prefigura a una América Latina como productora de cultura, pero sobre todo capaz de demostrar que produce conocimiento en una época histórica clave.²⁹ Dicha época tenía como telón de fondo las insurgencias, la guerrilla y las protestas estudiantiles y obreras a lo largo y ancho del globo, lo que demandaba al subcontinente incorporarse al cauce de lo “universal”, posicionándose desde la izquierda.

Pero la ruptura de la familia intelectual, tras el llamado “*affaire Padilla*” que inicia en 1968 y culmina en 1971, cuando el poeta cubano Heberto Padilla es acusado de actos “contrarrevolucionarios”, modulará el pensamiento de Rama, sobre todo en relación con una mirada más rigurosa que, si bien no deja de ser militante, sí sustituye el tono ideológico de las demandas vertidas en los sesenta para tornarse más académica.³⁰ La inminente penetración de

²⁷ *Ibid.*, p. 18.

²⁸ Gilman, *Entre la pluma y el fusil* [n. 16].

²⁹ Sobre la noción de *época*, *cf. ibid.*

³⁰ Para una explicación amplia sobre la división de la “familia intelectual”, *cf. ibid.*

Estados Unidos en el continente cobra su definición cabal con los golpes de Estado en el Cono Sur. De este modo, la experiencia del exilio en 1973 repercutirá en posteriores reflexiones, especialmente las relativas al papel del intelectual frente a los sectores históricamente silenciados y al interés en estudiar las hibridaciones en los discursos literarios, en el marco de recomposiciones sociales como la migración.

Asumiendo que el carácter del exilio es político, en “La riesgosa navegación” Rama matiza que no todo el desplazamiento de intelectuales al extranjero significó apartarse de las capas medias y bajas de la sociedad. Señala que un intelectual como Martí —un modernista— fraguó una buena parte de su proyecto para independizar a Cuba gracias al “apoyo material y personal”³¹ de “los pescadores y trabajadores de Tampa”, coincidentemente inmigrantes. Martí será una figura profundamente empática con quienes representaban el trabajo asalariado transterrado que regirá al sistema económico internacional a lo largo del siglo xx. Igualmente Darío habría de dar fe en varias de sus crónicas sobre la miseria y los márgenes en las ciudades. Escribe con asombro desde la calle parisina:

La casa del mendigo, del hambriento, es la calle: la misma de los canes sin dueños. Como ellos, los caídos, están en su casa, van por todas partes en sus horribles *deshabillés*, se tambalean, se tienden en los bancos de los jardines públicos. La miseria les arranca hasta el último jirón de vergüenza. No son ya hombres. Y por la noche, junto a las avenidas oscuras, cerca de los puentes solitarios, o en innombrables tabernas, quien les habla al oído es el crimen.³²

Aunque el autor de *Azul* no resuelve la mediación efectiva de las voces de dichos sujetos marginales en la textualidad del discurso, sí atestigua el impacto de la imperante modernidad sobre los modos de vida en las capitales occidentales.

En “La riesgosa navegación” es aun más diáfana la perspectiva ramiana respecto del carácter mediador del intelectual entre los distintos países y contextos culturales latinoamericanos en el marco de la represión y la violencia de los años setenta. El crítico

En el caso particular del *affaire* Padilla, Rama tomó distancia del gobierno revolucionario cubano, al igual que más de sesenta intelectuales latinoamericanos y europeos. Asimismo dejaría de colaborar en la emblemática *Casa de las Américas*.

³¹ Rama, “La riesgosa navegación” [n. 1], pp. 96 y 97.

³² Rubén Darío, “Los miserables”, en *id.*, *Obras completas*, vol. xvi. *Cuentos y crónicas*, Madrid, Mundo Latino, 1918, p. 141.

está pensando en lo sustantiva que ha sido la diáspora intelectual de los sesenta y setenta en términos artísticos y de pensamiento. Al respecto señala dos aspectos nodales: la fragmentación, provocada por la violencia, la intimidación política castrense y las carencias materiales que compelen al intelectual a salir del espacio (de su nación y su ciudad) que antes lo cobijaba y le daba prestigio; y la posterior experiencia de unificación, entendida como un proceso en el que el intelectual hace las veces de engrane entre las distintas regiones de América Latina, permitiéndole voltear a ver, ya no a Europa, sino hacia adentro. “El equipo intelectual de países altamente desarrollados, como Argentina y Brasil, que debió salir de sus países desde mediados de los sesenta, ha establecido contactos interzonales con otros países latinoamericanos en un grado improbable en situaciones normales”.³³ Lo anterior no significó una mera construcción de redes entre intelectuales, sino la posibilidad de ampliar “el conocimiento de las singularidades culturales de esas áreas”, del mismo modo como “comenzó a operar una visión estructural más rica mediante visiones y planes que aspiraran a representar la totalidad”.³⁴

A diferencia, ejemplos como el de Octavio Paz dan cuenta de una vida diplomática que contribuyó a adquirir importantes aprendizajes culturales que se tradujeron en obras cuya concentración se redujo “exclusivamente en sus propias nacionalidades” y “siempre separadamente de los demás países de la región”.³⁵ La virtud del exilio, así como de las poblaciones migrantes recae en la posibilidad de diversificar no sólo sus públicos, sino sus discursos. En este sentido Rama apela, como ya lo había hecho desde los sesenta, a una “responsabilidad política” del escritor que sea capaz de atender, no a una “agrupación restringida”,³⁶ ni a un ideario que los justifique históricamente, sino al “conjunto del pueblo de la diáspora”.³⁷ Si bien el crítico montevideano elabora tales reflexiones a partir de su propia experiencia, lo que le interesa, conceptualmente hablando, es un método que le permita sistematizar tales operativos mediadores para encontrar, desde la literatura, respuestas a la “identidad”. Es así que el pensador llega a dos categorías nodales que le permiten resolver tales inquietudes

³³ Rama, “La riesgosa navegación” [n. 1], p. 99.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*, p. 98.

³⁶ *Ibid.*, p. 105.

³⁷ *Ibid.*, p. 97.

al estudiar el llamado *boom* latinoamericano: la *transculturación* del antropólogo cubano Fernando Ortiz y el *sistema literario* del crítico brasileño Antônio Cândido.

*Del sistema literario a la transculturación:
la literatura frente a los mass media*

El apasionado interés del autor de *La ciudad letrada* (1984) por las dinámicas y la conformación de públicos lectores en América Latina, que emana de una mirada procesual del arte, habría de tener su origen en la relación que en la década de los sesenta comienza a entablar con el crítico brasileño Antônio Cândido, de quien toma la noción *sistema literario*. “Cuando en 1960 conocí a Ángel Rama en Montevideo me declaró su convicción de que el intelectual latinoamericano debería asumir como tarea prioritaria el conocimiento, el contacto, el intercambio con relación a los países de América Latina”.³⁸ Estas palabras dejan ver dos intereses nucleares en Rama: la conformación de públicos lectores hacia el interior y la intercomunicación latinoamericana —vieja deuda del panamericanismo bolivariano y el americanismo martiano.

Para el autor de *Formación de la literatura brasileña* (1959) la “tradición” se hace ostensible en la medida en que las manifestaciones literarias conforman de manera orgánica una serie de características internas —lengua, temas e imágenes— así como “elementos de naturaleza social y psíquica”.³⁹ Su garantía reside en la “existencia de un conjunto de productores literarios más o menos conscientes de su papel; un conjunto de receptores formando los diferentes tipos de público, sin los cuales la obra no vive; un mecanismo transmisor (de modo general, un lenguaje, traducido en estilos)”.⁴⁰ Estos tres elementos conforman un sistema dinámico de comunicación que asegura la continuidad de las obras en el tiempo.

Ya desde mediados de los años cuarenta, Cândido comenzó a formular dicho modelo, alejándose de abordajes inmanentistas, tales como el formalismo ruso, o de enfoques que extraían de las

³⁸ Antônio Cândido, “La mirada crítica de Ángel Rama”, en Mabel Moraña, ed., *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, IIII/Universidad de Pittsburgh, 1997, pp. 287-294, p. 287.

³⁹ Antônio Cândido, *Formación de la literatura brasileña: momentos decisivos 1750-1880* (1959), Jorge Ruedas de la Serna, ed., trad., pres. y notas, México, UNAM, 2014, vol. 1, pp. 27-28.

⁴⁰ *Ibid.*

obras el “reflejo de la realidad”.⁴¹ La perspectiva antropológica desde la que trabajó en extenso tiene como uno de sus primeros anclajes la legitimación como literaturas de las manifestaciones orales de los “pueblos primitivos”. Ello abrió a Rama un camino de posibilidades de lectura sobre las dinámicas creadoras en nuestro continente. La concepción *sistema literario* pasa necesariamente por dotar de “facultades poéticas y estéticas” a los pueblos y comunidades que han sido estudiados por la antropología, aunque sólo desde una óptica ritual y mítica. Cândido concibe que la transmisión del “arte” o de la “literatura” —entendidos como términos intercambiables— es un fenómeno equivalente en todas las sociedades, sean “primitivas” o “civilizadas”, “orales” o “complejas”. Defiende que dichos sistemas simbólicos perpetúan modos específicos de crear, comprender y habitar el mundo.⁴²

En 1974 Rama publica el ensayo “Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana” —borrador de ideas de lo que posteriormente sería *Transculturación narrativa en América Latina*—, en el que analiza el fenómeno de la vanguardia “regionalista”,⁴³ cuya vocación es enfáticamente etnográfica y que, para la segunda década del siglo xx, tiene a su cargo la recuperación de “las particularidades culturales que se habían forjado en áreas o sociedades internas, contribuyendo a definir su perfil diferencial”.⁴⁴ En el marco de “la estructura global de la sociedad latinoamericana”, Rama sostiene que el escritor cumple la función de “resguardar un mensaje que hasta la fecha se había transmitido con relativa facilidad a los conglomerados urbanos, en parte porque éstos vivían su ampliación por la inmigración interna que fue construyéndolos y acarrea a las ciudades ingentes contribuciones de culturas rurales”.⁴⁵ El operativo estético del “regionalismo” consistió en adecuar los mensajes culturales de las poblaciones rurales a las normas estéticas urbanas, con un énfasis marcadamente nacional. El repliegue hacia el interior fue uno de los empeños más

⁴¹ Cf. Antônio Cândido, “La literatura y la vida social”, en *id.*, *Literatura y sociedad: estudios de teoría e historia literaria*, Jorge Ruedas de la Serna, trad., pres. y notas, México, UNAM, 2007, pp. 43-67, pp. 45-47.

⁴² Cf. Antônio Cândido, “Estímulos de la creación literaria”, en *ibid.*, pp. 69-107.

⁴³ Los representantes de la vanguardia regionalista son José Eustasio Rivera, Horacio Quiroga, el primer Alejo Carpentier, Mariano Azuela, el primer César Vallejo y José Carlos Mariátegui, entre otros.

⁴⁴ Ángel Rama, “Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana”, *Revista de Literatura Hispanoamericana* (Universidad de Zulia), núm. 5 (abril de 1974), pp. 9-38, p. 11.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 12.

representativos del regionalismo, y lo hizo con la intención de contrarrestar los dictados homogeneizadores que los centros urbanos imponían. Esta actitud de singularización cultural de la nación, como es el caso de la llamada novela de la Revolución Mexicana, el indigenismo peruano —como el de José Carlos Mariátegui— y la vanguardia “negrista” o minorismo cubano, sirvió de mediador entre las capas medias y educadas, que habitaban las zonas urbanas, y los estratos bajos, procedentes de las regiones rurales. Aquéllas, formadas gracias al auge de la instrucción pública y la democratización de los espacios públicos en las ciudades latinoamericanas en los albores del siglo xx, entablaron una relación paternalista con éstas, en la medida en que no resolvieron la relación entre autores y públicos. Las voces y sustratos simbólicos específicos de dichos sectores permanecieron, como en el romanticismo decimonónico, silenciados, pasivos en una representación de cuño etnográfico que apelaba al esencialismo nacionalista.

Para Rama el regionalismo reproducía un tipo de representación sobre los modos de vida “arcaicos” cuyo histórico destinatario era esencialmente letrado y ajeno al “referente de representación”.⁴⁶ Tal fue el caso del *Tungsteno* (1931) de César Vallejo, *Los de abajo* (1915) de Mariano Azuela, *¡Ecué-Yamba-Ó!* (1933) de Alejo Carpentier, *Macunaíma* (1928) de Mario de Andrade y *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera. La presencia de glosarios en algunas de estas obras y de “comillas estigmatizadoras para las voces americanas que aparecen en el texto”⁴⁷ dan cuenta de la necesidad de “traducir” las expresiones locales para un público lector otro que las desconoce. Estas soluciones literarias constituyen un “reflejo fiel de la estructura social y del lugar superior que dentro de ella ocupa el escritor”,⁴⁸ pues “si éste se aproxima a los estratos inferiores, no deja de confirmar lingüísticamente su lugar más elevado, debido a su educación y a su conocimiento de las normas ideomáticas, que lo distancia del pueblo bajo”,⁴⁹ insiste Rama.

Para diseccionar la relevancia de tales respuestas literarias a las recomposiciones sociales, el crítico distingue dos formas de

⁴⁶ Cf. Antonio Cornejo Polar, “El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto socio-cultural”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (CELACP), año 4, núm. 7-8 (1978), pp. 7-21.

⁴⁷ Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México Siglo XXI, 1982, p. 41.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ *Ibid.*

cultura: en su acepción antropológica de “tradición”,⁵⁰ y en su sentido de “cultura modernizada”, misma que se reproduce en las ciudades, “se respalda en las fuentes externas [y] traslada al interior de la nación un sistema de dominación apelando a los nuevos y eficaces instrumentos de que la dota la tecnología reciente”.⁵¹ La violenta “aculturación” que para los estratos rurales y populares representa la adaptación a las formas de vida moderna, entre ellas la cultura de masas, representa la posibilidad de apelar “a nuevas focalizaciones dentro de [la herencia]”⁵² en las distintas regiones. Ello en el contexto de la amenaza que representaba el imperialismo cultural norteamericano, que cobraba su mejor definición en los *mass media* (radio, televisión, prensa y cine) y cuya veloz penetración en el subcontinente parecía inminente. Javier García Liendo acierta en señalar que para el crítico uruguayo la cultura impresa —el libro y la prensa— organizaba lugares de resistencia frente al imperialismo cultural que, hacia la década de los cincuenta, parecía ya deteriorar las culturas orales, pero también las prácticas letradas.⁵³ La penetración de los *mass media* impulsó a Rama, sostiene García Liendo, a “pensar la comunidad y el significado de lo común, fundamentalmente porque crea nuevas relaciones en torno a la cultura”; una cultura que, dictada por el orden capitalista internacional, surte efectos de manera drástica en la urbanización y la migración, “así como sobre la creciente mercantilización e industrialización de las [sociedades]”.⁵⁴

La categoría de *transculturación*, de la que Rama se apropia a partir del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940) del antropólogo cubano Fernando Ortiz, constituye la posibilidad de explicar el fenómeno de la constante movilidad humana y, paralelamente, las recomposiciones estético-literarias derivadas de los procesos modernizadores. El concepto de Ortiz visibiliza los procesos de tránsito de una cultura migrante a otra cultura migrante y cuestiona la supuesta pasividad —aculturación— de los sujetos dominados en contextos de colonización y conformación de nuevas culturas. La reapropiación ramiana desplaza el sentido original y

⁵⁰ Al respecto Rama recupera la definición de Alfred Reginald Radcliffe-Brown que hace referencia al proceso por el cual un grupo social determinado transfiere lengua, creencias, ideas, gustos estéticos, conocimientos, herramientas y sus usos a través del tiempo, lo que posibilita perpetuar una tradición, *cf. ibid.*, p. 11, n. 3.

⁵¹ *Ibid.*, p. 13.

⁵² *Ibid.*, p. 31.

⁵³ García Liendo, *El intelectual y la cultura de masas* [n. 24], p. 27.

⁵⁴ *Ibid.*

centra su análisis en la capacidad de adaptación de las literaturas regionales a los mandatos metropolitanos donde suele pautarse el progreso. Se trata de un “operativo plástico” que actúa sobre las pérdidas culturales (rurales e indígenas), las adquisiciones de la cultura moderna, pero también la letrada, y las adaptaciones a una acelerada modernización. Esto, aclara Rama, no es “una mera suma de aportes de una y otra cultura, sino que, al percibir que cada una es una estructura autónoma, entienden que la incorporación de elementos de procedencia externa debe llevar conjuntamente una rearticulación global de estructura cultural apelando a nuevas focalizaciones dentro de ella”.⁵⁵

Rama identifica dos procesos transculturadores simultáneos: el de las capitales y puertos, y el de la cultura regional interna que, a su vez, depende de las capitales. Pero el problema de la identidad no habría de resolverse al interior sino en las ciudades, por tratarse de espacios donde comienzan a instalarse poblaciones del medio rural, sobre todo de manera exponencial en el periodo posterior a la Gran Depresión, cuando el modelo de sustitución de importaciones y la consecuente industrialización interna demandan más trabajo asalariado en los conglomerados urbanos. Las ciudades se transforman en urbes y los escritores más cosmopolitas comienzan a coexistir con creadores y sociedades del interior.

Jorge Balán, uno de los principales teóricos de los años setenta sobre temas de migración, sostiene que la historia de la formación del capitalismo puede ser relatada en términos del movimiento de la población y de la formación del trabajo asalariado integrado a estructuras de mercado bajo el impulso, en un primer momento, de una economía exportadora y, posteriormente, de una economía de mercado que se conforma después de 1930 y somete a la región a una constante industrialización.⁵⁶ Ángel Rama era cercano a tales debates, si se toma en cuenta que sus hermanos —el abogado y sociólogo Carlos Manuel Rama y el historiador y educador Germán Rama— participaron activamente en seminarios sobre migración y urbanización.

El imperioso fenómeno migratorio y su estudio marcan especialmente los derroteros de Rama cuando sistematiza las obras de

⁵⁵ Rama, *Transculturación narrativa en América Latina* [n. 47], p. 31.

⁵⁶ Jorge Balán, “Migraciones y desarrollo capitalista en el Brasil: ensayo de interpretación histórico-comparativa”, en Omar Argüello, Jorge Balán, Juarez Brandão Lopes et al., *Migración y desarrollo*, 3. *Análisis históricos y aspectos relacionados a la estructura agraria y al proceso de urbanización*, Informe de Investigación, Buenos Aires, Clacso, 1974, pp. 65-104, p. 66.

autores como Augusto Roa Bastos, Juan Rulfo, Gabriel García Márquez y, sobre todo, José María Arguedas. A partir de estas lecturas concibió la posibilidad de situar el problema de la literatura en el seno del cisma de paradigmas estáticos, como los de nación y su respectiva lengua y patrimonio cultural fijos. En dichos autores, el crítico encuentra una ruptura con la asimétrica dualidad entre lengua culta y lengua popular y llega a proponer complejas hibridaciones en el plano no sólo del lenguaje sino de la estructura y la cosmovisión literarias. Se trata del canon de los transculturadores, que Rama señala como un primer momento en la línea del tiempo de la evolución de la literatura latinoamericana que, de alguna manera, abre el camino del llamado *boom* y consolida nuevas focalizaciones que inciden en tres dimensiones nodales de la obra literaria: lengua, estructura y cosmovisión.

Autores que Rama considera en su “trance de transculturación” invierten la jerarquía en relación con los sujetos representados y les abren paso para encabezar voces narrativas y abarcar, así, “la totalidad del texto” y manifestar “su visión de mundo”. Tales comportamientos se hacen ostensibles en obras como las de Rulfo, donde la oralidad prevalece sobre las fórmulas literarias cosmopolitas y el autor se integra lingüísticamente a la comunidad históricamente silenciada para hablar desde ella o vehicularla en su sentido simbólico. “Si esa comunidad es, como ocurre frecuentemente, de tipo rural, o aun colinda con una de tipo indígena, es a partir de su sistema lingüístico que trabaja el escritor, quien no procura imitar desde fuera un habla regional, sino elaborarla desde dentro con una finalidad artística”.⁵⁷ Se trata de un examen que no sólo vuelca la mirada hacia el grupo social que el escritor busca interpelar sino que propone otros marcos epistémicos, como la noción de que la obra literaria condense la posibilidad de fraguar una nueva lengua.

José María Arguedas es el autor que más interesa a Rama en estos términos, por tratarse de un tejedor de tonalidades musicales y de la lengua quechua, que de manera prodigiosa desestabiliza al castellano. El autor de *Yawar Fiesta*

procuró armonizar dos elementos aparentemente contradictorios: uno [...] consistió en la creación de una lengua artificial donde combinó un equivalente de la sintaxis quechua con la incorporación dosificada de términos quechuas al español; otro [...] consistió en rearticular, mediante

⁵⁷ Rama, *Transculturación narrativa en América Latina* [n. 47], pp. 42-43.

esos elementos lingüísticos de invención literaria, un discurso intelectual que testimoniara las operaciones mentales del indígena.⁵⁸

Pero las modificaciones a la lengua no son un desplazamiento meramente formal, sino que cifran de manera sustantiva la cosmovisión de los pueblos dominados. Sobre las formas de la vanguardia que provee la tradición literaria occidental, el escritor elabora un ejercicio del “pensar mítico” que no es de filiación griega sino vivo o, en su defecto, está por extinguirse como consecuencia de los violentos procesos modernizadores. El caso de Arguedas es representativo en la medida en que se trata de un etnólogo profundamente compenetrado con la sociedad india, que fue testigo y partícipe de los mitos que llevó al plano del discurso literario.

En cuanto a la estructuración literaria, la originalidad de la respuesta consistió en “una sutil oposición” a formas tales como el *stream of consciousness* provenientes de las obras de James Joyce y Virginia Woolf, y reconstruidas sobre la base del antiguo “monólogo discursivo” que avivó “las fuentes orales de la narración popular”.⁵⁹

Para Rama la obra transculturada asegura la posibilidad de resguardar los sustratos simbólicos de culturas internas que se han visto forzadas a abandonar sus antiguos modos de vida y migrar en busca de trabajo asalariado a las grandes ciudades latinoamericanas. Tal postura sostiene un profundo encuadre ético, ya que Rama busca visibilizar y, sobre todo, señalar la necesidad de vehicular la capacidad de agencia de las culturas dominadas y condenadas a extinguirse frente a la explosión demográfica, la urbanización y masificación de la cultura.

En el contexto de los inéditos tirajes de obras que internacionalizarían a las letras latinoamericanas en el marco del llamado *boom*, los lectores de la región, cada vez más numerosos hacia mediados del siglo xx, van a enfrentarse por primera vez a una “prodigiosa y repentina floración de creadores, la cual parecía tan nutrida como inextinguible”.⁶⁰ La transculturación y el sistema literario cobran sentido cuando los creadores, sus obras y sus públicos deben enfrentar la “prodigalidad peculiar del mercado consumista, donde determinados temas y determinados tratamientos adquirirían el

⁵⁸ *Ibid.*, p. 219.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 44.

⁶⁰ Ángel Rama, “El boom en perspectiva”, en *id.*, ed., *Más allá del boom: literatura y mercado*, Buenos Aires, Marcha, 1981, p. 90.

carácter de marcas acreditadas, imponiéndose fuertemente sobre la competencia de otros productos”.⁶¹

De los transculturados a los “novísimos”

EN “Los contestatarios del poder”, prólogo a la antología *Novísimos narradores hispanoamericanos en Marcha* (1981), Rama amplía el concepto de transculturación a partir de una compleja y provocadora lectura de autores posteriores a la “nueva novela latinoamericana” o *boom*, toda vez que ésta había acumulado suficiente experiencia artística y había reconocido plenamente la lengua y las culturas asentadas en el interior. Esta acumulación de experiencias había logrado consolidar un sistema literario que le valdría a la literatura latinoamericana el reconocimiento que las literaturas europeas siempre habían tenido. El año de 1964 “constituye la fecha inicial de nuestra nueva antología” que, explica Rama, no es arbitraria porque es el año en que el público y las editoriales habían reclamado obras literarias; el año en el que la crítica comenzó a articular un discurso más amplio y en el que publicaron los primeros libros de una generación muy joven, tributaria del sistema establecido por sus antecesores.⁶²

A diferencia de los transculturados, los novísimos (o “novísimos transculturados”) se caracterizan porque en ellos se expresa “un descenso a la intimidad que reconstruye un ámbito silencioso, subjetivo, cargado de tonalidades indecibles”⁶³ que, lejos de resultar una fórmula evasiva, constituya un “poliedro que refracta dialogísticamente mundo e interioridad [pudiendo] traducir una experiencia que parece inagotable”.⁶⁴ Estos narradores entronizan al “yo” como parte de un operativo desestabilizador de las verdades inamovibles, entre ellas la justicia, y registran una profunda socialización de la subjetividad con “la vida social del grupo afín, tanto el cenáculo como el barrio, el patio de la Preparatoria o el café de la esquina, el suburbio acechante o el *ghetto* de la minoría étnica, las zonas marginales de todo poder”.⁶⁵ El espacio en ellos deja de ser el entorno rural, pues ya no es el lugar del que originalmente provienen el que importa. La urbe es ahora el lugar que concentra

⁶¹ *Ibid.*, p. 91.

⁶² Ángel Rama, “Los contestatarios del poder”, en *id.*, *Crítica literaria y utopía en América Latina* [n. 2], pp. 78-122, pp. 82-83.

⁶³ *Ibid.*, p. 92.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 93.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 94.

los mayores volúmenes demográficos como consecuencia de las migraciones masivas.

En los novísimos opera una interesante mediación entre la forma novelesca que desborda las convenciones del género, lindando con el periodismo, la crónica y el testimonio, como es el caso de Rodolfo Walsh, José Agustín, Carlos Monsiváis o Elena Poniatowska. “No se trata simplemente de la influencia de los largos brazos de los *mass media* norteamericanos, pues éstos llegaron a todo el universo después de la Segunda Guerra Mundial, sino de la peculiaridad regional en que se vivió una mezcla transculturadora que no agostó, ni pervirtió las tradiciones propias que ya tenían varios siglos”.⁶⁶ Estas nuevas corrientes, sostiene Rama, llegaron a las capas cultas pero también penetraron hondamente “en los enclaves urbanos más desarrollados con una fuerza arrolladora”.⁶⁷ Tal es el caso de Walsh, que traza su obra entre la investigación periodística y el testimonio, una “novela policial de pobres” que sería leída ampliamente con independencia de la firma de su autor.

Balance provisorio: el movimiento

LAS reflexiones de Rama representaron una contribución ingente a los intentos por sistematizar y, en este sentido, teorizar las dinámicas, los flujos, préstamos y transformaciones al interior de las literaturas latinoamericanas desde los albores de la modernización en el subcontinente. Tal como señalamos en relación con los estudios del crítico sobre el Modernismo, desde fines del siglo XIX la literatura se sometió a profundas variaciones, como parte de las adecuaciones del subcontinente a un orden económico internacional, lo que encauzó la liberalización del trabajo intelectual y artístico. Estos reajustes, así como sus respectivos procesos de producción simbólica, tuvieron efecto en las diversas zonas del continente —rurales y urbanas. Rama observó que la modernización, entendida como un fenómeno violento que se concentra en los polos urbanos, desestabilizaba las identidades y desbordaba los marcos de estudio nacionalistas e inmanentistas. En este tenor, el autor de *Las máscaras democráticas del Modernismo* (1985) situó el lugar que dentro del sistema literario ocupa el creador: una especie de mediador que tiene a su cargo la labor de representar, disponer compositivamente y someter a circulación una obra que será reci-

⁶⁶ *Ibid.*, p. 95.

⁶⁷ *Ibid.*

bida por un público que ha quedado a expensas de los *mass media* y ha sido sometido al desarraigo y a enormes pérdidas culturales.

El exilio de Rama fue decisivo para imprimir una “identidad textual”. En su apropiación de la noción candideana de *sistema literario* y la maduración de una metodología en cuyo centro estaba la *transculturación*, el crítico uruguayo desarrolló en extenso, sobre todo a lo largo de los setenta, una lectura atenta a los operativos de “traducción” de los creadores y de sus discursos literarios en relación con la capacidad que tienen los sujetos y sus respectivos contextos socioculturales procedentes de las “zonas internas” o, como en el caso de los novísimos de los conurbados, para adaptarse, resistir y participar activamente en la conformación de discursos literarios, en términos de lengua, estructura y cosmovisión. Se trata de leer que la transculturación vehicula los rastros culturales de los sectores históricamente marginados, al tiempo que diversifica las literaturas, en la medida en que las zonas de contacto se intensifican como producto de la inminente modernización y sus consecuentes migraciones masivas.

Como se anunció en un inicio, la migración no es el único componente que interviene en esta propuesta teórica, sino sobre todo un conjunto de fenómenos “en movimiento”: las sociedades y sus creadores, sus obras y sus discursos simbólicos. Como señalan Sheller y Urry, no se trata de observar lo que “reside”, lo que se “establece” y “asienta”, sino cómo y qué une a los lugares, los vuelve interdependientes, en la medida en que ya no parece posible comprender a las sociedades de manera estática.⁶⁸

Al respecto, parece necesario enfatizar que la apuesta epistemológica de Rama se concibe *en, desde y sobre* el movimiento: se empeña en comprender procesos literarios y sus respectivos fenómenos, más que los meros discursos. De acuerdo con la propuesta de los exponentes del “giro móvil”, el crítico cuestiona los imaginarios sobre territorios concebidos como espacios fijos y contenedores de procesos,⁶⁹ para privilegiar una lectura en la que los contactos trazan los caminos de los diversos productos culturales, como es el caso de la literatura.

Rama fue tributario del pensamiento procesual de Mariátegui y, como vimos, de Ortiz, quien desde los años cuarenta concebía la cubanidad en términos de intercambios, préstamos, contactos y adaptaciones que hacen frente a la colonización; asimismo fue

⁶⁸ Sheller y Urry, “The new mobilities paradigm” [n. 7].

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 207-226.

capaz de observar, tras la experiencia en *Marcha* y de haber sido testigo de la internacionalización de nuestras letras, que la literatura es un sistema simbólico de comunicación que forja una tradición hecha a base de continuidades y rupturas, pero también de operativos de resistencia que demuestran la capacidad de agencia de los sectores históricamente dominados. Esta tradición excede muchas veces los marcos nacionales, ya que las obras arrastran consigo los ecos de múltiples culturas.

Decimos que Rama se adelantó al paradigma del giro móvil⁷⁰ porque examinó las literaturas en y desde su movimiento. En dicho fenómeno interviene el desplazamiento de sujetos, así como la impresión de estas trayectorias, en textualidades, que evidencian las asimetrías del sistema. Tarrius señala que toda colectividad nómada trastorna las “centralidades locales”, pues “cualesquiera que sean los avatares y los apetitos de los dispositivos económicos estatales que movilizan y desmovilizan hombres y capitales”, propicia vínculos que facilitan el movimiento. Los sujetos no sólo son “objetos de flujos”,⁷¹ sino sujetos activos que reformulan la rigidez de las fronteras que, como lo supo Rama, desbordan todo sistema que se concibe inmanente.

⁷⁰ Como lo señalé en un principio, deseo resaltar que Ángel Rama se adelanta, por casi tres décadas, al llamado “giro móvil” que aquí citamos. Apelo a dicha corriente debido a que es explícita y esclarecedora en el sentido de brindar una lectura desde el y en “movimiento” que trasciende los estudios que sólo se centran en las migraciones.

⁷¹ Tarrius, “Leer, describir, interpretar” [n. 4], pp. 52-53.

RESUMEN

Los conceptos *migración* y *movilidad* fueron componentes nodales de una zona del pensamiento del crítico uruguayo Ángel Rama (Montevideo 1926-Madrid 1983). El movimiento humano constituye una parte central de sus reflexiones, lo que le permite situar y sistematizar de manera procesual los fenómenos literarios latinoamericanos. Rama se interesa por el desplazamiento de creadores y sujetos, así como por el movimiento de elementos culturales en el marco de una lectura de la literatura desde su facultad para mediar distintos universos socioculturales sometidos a acelerados procesos de modernización y migraciones masivas. El abordaje de las modulaciones que va desplegando la obra del crítico, y particularmente su exilio, cifró preocupaciones clave que se vierten en dos nociones fundamentales: *sistema literario* y *transculturación*.

Palabras clave: literatura latinoamericana siglo XX, sistema literario, transculturación, modernización económica, giro móvil.

ABSTRACT

The concepts of *migration* and *mobility* were key components of an area of Uruguayan critic Ángel Rama's work (Montevideo 1926-Madrid 1983). Human flows comprise a central part of his thought, one which makes it possible for him to situate and systematize Latin American literary phenomena. Rama is interested in the displacement of both creators and subjects, as well as the movement of cultural elements in the framework of a reading of literature based on its faculty for mediating different socio-cultural universes subject to accelerated processes of modernization and mass migration. The approach to the modulations deployed by the critic's work, in particular his exile, codifies key concerns expressed in two fundamental notions: *literary system* and *transculturation*.

Key words: 20th century Latin American literature, literary system, transculturation, economic modernization, mobile turn.